

REALOJO DE LOS CHABOLISTAS DE O VAO Testimonio de la familia reubicada en Boa Vista

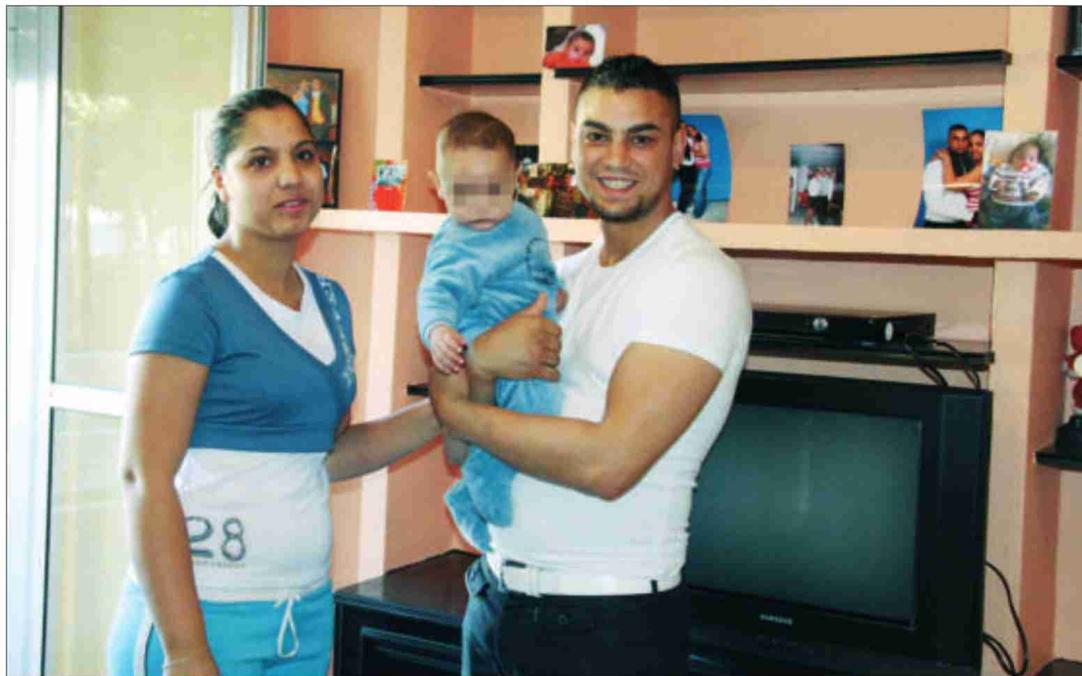
“Quiero una vida mejor para mi hijo”

“Estoy buscando trabajo, no quiero que piensen que somos traficantes”, dice el cabeza de familia

Mónica Álvarez / POIO

La vida para Juan y Eugenia nunca ha sido fácil. Nacieron y se criaron en una chabola, sin lujos ni comodidades. Los mejores momentos de su infancia fueron los vividos en el colegio de Viñas con otros niños, aprendiendo “lo necesario para defenderse en la vida”, como decía la maestra, y acariciando el sueño de prosperar, de llevar una existencia “normal”. Pero Juan y Eugenia son gitanos y para los gitanos la vida nunca es fácil.

Se casaron hace algo más de un año, ella era prácticamente una niña de 15, él tenía 18. Su hijo Jacobo, que ahora tiene cinco meses, vino al mundo como ellos en O Vao. Su nacimiento fue un momento feliz empañado por el inminente derribo de su casita, la 36 A del asentamiento gitano. La piqueta la echó abajo en noviembre y entonces comenzó el auténtico calvario. Juan y Eugenia se vieron abocados a errar, como antaño en carromatos, de casa en casa. Primero, el Concello de Poio los realojó en un camping de Baltar. Apenas pasaron allí un fin de semana porque el propietario, temeroso de la reacción de sus vecinos, anuló el contrato. Después



Eugenia Díaz y Juan Jiménez, con su hijo Jacobo, en el piso que les entregó el Concello de Poio en Boa Vista. JUNIOR

vino la peregrinación por distintos hoteles en los que pasaron en total un mes y medio. El pasado lunes la suerte al fin les sonrió. El alcalde de Poio, Luciano Sobral, les entregó las llaves de una casa en un edificio protegido en Boa Vista, en A Caeira. Pero la mudanza era sólo el principio de un

nuevo infierno.

Sus vecinos no los quieren. Algunos de ellos son jóvenes de su misma edad que estudiaron con ellos en Viñas. “He reconocido a antiguos compañeros, nos saludan, pero nada más”, lamenta Juan. Nadie parece dispuesto a darles una oportunidad. “Estoy

buscando trabajo para vivir como una persona cualquiera. No quiero que piensen que somos traficantes”, explica. Cuando residía en O Vao se dedicaba a la venta ambulante pero ahora le gustaría dedicarse a otra cosa. De hecho, pretendía aprovechar el cambio de casa para empezar de

cero. “Quiero ser camarero, aunque estoy abierto a lo que surja”. Hace días se inscribió en el INEM y en un curso en el centro de servicios sociales para sacarse “el graduado”. Mientras Juan busca empleo, Eugenia cuida al pequeño. “Sólo quiero una vida mejor para mi hijo”, afirma.

“Pido que nos conozcan y nos den una oportunidad, somos jóvenes”

No es agradable llegar a casa y descubrir a todos los vecinos conchabados en la escalera hablando de volar el edificio contigo dentro e insultando a tu familia. Una mirada de desprecio en el portal puede estropearle el día a cualquiera. Tampoco es un plato de gusto ver a una madre que sujeta a su hijo sólo porque tú pasas cerca. Juan y Eugenia salen de su piso nuevo lo menos posible porque tienen miedo.

Saben que su sola presencia molesta en Boa Vista y lo último que pretenden es incomodar a nadie. “Pido que nos conozcan y nos den una oportunidad, somos un matrimonio joven, tenemos toda la vida por delante, sólo queremos intentar estar tranquilos y felices”, explica la madre.

Saben también que el malestar del resto de inquilinos viene en parte de las condiciones económicas ventajosas de su contrato de arrendamiento. “A mí me tiraron mi casa y no pude hacer nada, así que es justo que me

den otra. Allí estaba bien, rodeado de amigos, mientras que aquí me encuentro con unos vecinos terroríficos”, señala. De no ser por la tensión social generada en el edificio desde su llegada, Juan y Eugenia estarían disfrutando en estos momentos de un hogar digno, con tres dormitorios, una cocina, un cuarto de baño, un salón y un balcón.

En Boa Vista están “cómodos” pero con el alma en hilo. Se sobresaltan cuando oyen el timbre y se muestran reticentes a contestar. “No nos gusta que llamen a la puerta porque la gente piensa que vienen drogadictos a vernos”, alerta Juan.

Cuestión de tiempo

La pareja confía en que, con el paso del tiempo, los ánimos se calmen y quienes ahora les increpan aprendan a respetarlos. Mientras tanto intentan continuar con su día a día, cuidando al pequeño y terminando de decorar la casa en la que desearían vivir por muchos años.